

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Discurso sobre el origen
y los fundamentos
de la desigualdad
entre los hombres
y otros escritosEstudio preliminar, traducción y notas de
ANTONIO PINTOR RAMOS

«Hubiese querido nacer en un país donde el soberano y el pueblo no pudiesen tener más que el mismo interés, a fin de que todos los movimientos de la máquina tendiesen únicamente al bienestar común; lo cual no se podría hacer a menos que el pueblo y el soberano fuesen la misma persona; de todo ello se sigue que hubiese querido nacer bajo un gobierno democrático, sabiamente temperado.»

TECNOS



41877

JC179
R7718
1990
41877

TECNOS

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO 27



9 788430 913800

Colección
Clásicos del Pensamiento

DIRECTOR

Antonio Truyol y Serra

Jean-Jacques Rousseau

Discurso sobre el origen
y los fundamentos
de la desigualdad
entre los hombres
y otros escritos

Estudio preliminar, traducción y notas
ANTONIO PINTOR RAMOS

CUARTA EDICION



Instituto de Estudios Políticos y Sociales

Deposito legal: M. 10.177-1977
C. 10.177-1977
P. 10.177-1977

tecnos

TITULO ORIGINAL:
*Discours sur l'origine et les fondements
 de l'inégalité parmi les hommes (1755)*

CLAVE PROY *LSAME* Diseño de cubierta
 FACT No *1016* Joaquín Gallego
 PAGINAS
 EJEM
 ISBN
 ILUS
 No PORTADAS
24/10/03

1.ª edición, 1987
 4.ª edición, 1998
 Reimpresión, 2001

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2001
 Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
 ISBN: 84-309-1380-7
 Depósito Legal: M. 9.541-2001

Printed in Spain. Impreso en España por Closas Orcoyen

CLASIF *JC 179*
R 7718 .1990
 FE *41877*
 FECHA *24-NOV-03*
 PROCED _____
 FACT No. _____

INDICE GENERAL

ESTUDIO PRELIMINAR	Pág.	IX
I. UN SIGLO FASTUOSO		XI
II. BARBARUS HIC EGO SUM		XXI
III. A LA ACADEMIA DE DIJON		XXIII
IV. LA POLÉMICA		XXVIII
V. LA PRESENTE EDICIÓN		XXXIII
VI. BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL		XXXIV

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS
 DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES
 Y OTROS ESCRITOS

PRIMER DISCURSO: SOBRE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES	3
ADVERTENCIA	3
PREFACIO	4
DISCURSO	5
Primera parte	6
Segunda parte	20
Notas de Rousseau	37
TEXTOS COMPLEMENTARIOS	41
I. REFUTACIÓN POR CHARLES BORDES	41
II. RESPUESTA DE ROUSSEAU	64
SEGUNDO DISCURSO: SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES	95
A LA REPÚBLICA DE GINEBRA	95
PREFACIO	109
DISCURSO	117

- MOREAU, J.: *Jean-Jacques Rousseau*, PUF, Paris, 1973. Hay trad. cast.: *Rousseau y la fundamentación de la democracia*, Espasa Calpe, Madrid, 1977. (Intento original de presentación de las tesis básicas; importante, sobre todo, para el pensamiento religioso.)
- POLIN, R.: *La politique de la solitude. Essai sur la philosophie politique de Jean-Jacques Rousseau*, Sirey, París, 1973. (Lectura muy lúcida, que se quiere anterior a las diversas interpretaciones, por un gran especialista y conocedor de la filosofía política.)
- STARABINSKI, J.: *Jean-Jacques Rousseau, la transparence et l'obstacle*, Plon, París, 1957. Hay trad. cast.: *Jean-Jacques Rousseau: La transparencia y el obstáculo*, Taurus, Madrid, 1983. (Magnífico y sugerente cuadro de la personalidad del filósofo.)
- VARIOS AUTORES: *Jean-Jacques Rousseau*, Ed. de la Baconnière, Neuchâtel, 1962.
- *Jean-Jacques Rousseau et son oeuvre: problèmes et recherches*, Klincksieck, París, 1964. (Dos obras colectivas en el bicentenario del *Contrato social* que son una puesta a punto del estado de la investigación.)
- VICENS, A.: *Juan Jacobo Rousseau*, Dopesa, Barcelona, 1978.

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN
Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS HOMBRES
Y OTROS ESCRITOS

PRIMER DISCURSO:
SOBRE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES¹

*Barbarus hic ego sum,
quia non intelligor illis*
OVIDIO²

ADVERTENCIA

¿Qué es la celebridad? He aquí la desdichada obra a la que debo la mía. Es cierto que esta pieza, que me valió un premio y me dio un nombre, es, como mucho, mediocre, y me atrevo a añadir que es una de las menores de esta recopilación³. ¿Qué canti-

¹ El título completo de la edición original (1750) es: *Discurso que ha conseguido el premio de la Academia de Dijon en el año 1750 sobre esta cuestión propuesta por la misma Academia: Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a mejorar las costumbres. Por un ciudadano de Ginebra*. La primera edición ginebrina, del mismo año, cambia la última frase por la de: *Por Rousseau, ginebrino*.

² «Aquí soy un bárbaro porque no me entienden»; es el verso 37 de *Tristes*, X, de Ovidio.

³ Esta «advertencia» fue añadida en 1763 en vistas a una recopilación que debía contener, además, el segundo Discurso, la *Carta sobre los espectáculos*, *Emilio*, *La nueva Heloísa* y *Del contrato social*. Sólo se publicó después de la muerte del filósofo.

dad de miserias no se le habrían evitado al autor si este primer escrito no hubiese sido recibido más que como merecía serlo? Pero era preciso que un favor entonces injusto me fuese aportando gradualmente un rigor que cada vez es aún mayor.

PREFACIO

He aquí una de las más grandes y bellas cuestiones que nunca han sido discutidas. No se trata en este discurso de esas sutilezas metafísicas que han ganado todas las partes de la literatura y de las cuales los programas de las academias no están siempre inmunes, sino que se trata de una de esas verdades que afectan a la dicha del género humano.

Preveo que difícilmente se me perdonará el partido que me he atrevido a tomar. Repudiando de frente todo lo que constituye hoy en día la admiración de los hombres, no puedo esperar otra cosa que la censura universal; no es por haber sido honrado con la aprobación de algunos sabios por lo que debo contar la del público; de todos modos, mi partido está tomado sin que me preocupe agradar ni a los bellos espíritus ni a las gentes que viven a la moda. Habrá siempre y en todos los tiempos hombres hechos para ser subyugados por las opiniones de su siglo, de su país y de su sociedad. Es lo que hacen actualmente el espíritu fuerte y el filósofo que, por la misma razón, no ha sido más que un fanático del tiempo de la Liga. No se debe escribir para tales lectores cuando se quiere vivir más allá de su siglo.

Una palabra aún, y termino. Teniendo en poca consideración el honor que he recibido, había, des-

pués del envío, refundido y aumentado este discurso hasta el punto de hacer, en algún modo, una nueva obra. Hoy me he creído obligado a restablecerlo en el estado en que fue premiado. Tan sólo he puesto algunas notas y dejado dos adiciones fáciles de reconocer⁴, que la Academia quizá no habría aprobado. Me ha parecido que la equidad, el respeto y el reconocimiento me exigían esta advertencia.

DISCURSO

*Decipimur specie recti*⁵

¿Ha contribuido el restablecimiento de las ciencias y de las artes a purificar o a corromper las costumbres? Eso es lo que hay que examinar. ¿Qué partido debo tomar en esta cuestión? El que conviene, señores, a un hombre honesto que no sabe nada y que no por ello se estima menos.

Siento que será difícil apropiarse lo que tengo que decir al tribunal delante del cual comparezco. ¿Cómo atreverse a censurar a las ciencias ante una de las más sabias agrupaciones de Europa, alabar la ignorancia en una célebre Academia y conciliar el desprecio por el estudio con el respeto por los verdaderos sabios? He visto estas contrariedades que no me han desanimado. No es a la ciencia a quien maltrato —me dije—, es a la virtud a quien defiendiendo delante de hombres virtuosos. La probidad es aún más cara a las gentes de bien que la erudición a los doctos. ¿Qué es, pues, lo que tengo que temer? ¿Las

⁴ Las indicaremos en su lugar oportuno.

⁵ «Nos equivocamos por la apariencia del bien»; verso 25 del *Arte poética* de Horacio.

lucos de la asamblea que me escucha? Lo confieso; pero es por la constitución del discurso y no por el sentimiento del orador. Los soberanos equitativos no han dudado jamás en condenarse a sí mismos en las discusiones dudosas, y la posición más ventajosa en buen derecho es tener que defenderse contra una parte íntegra e ilustrada, juez en propia causa.

A este motivo que me da fuerzas, se añade otro que me determina; se trata de que después de haber sostenido, según mi luz natural, el partido de la verdad, cualquiera que sea mi éxito, hay un premio que no me puede faltar: lo encontraré en el fondo de mi corazón.

PRIMERA PARTE

Es un espectáculo grande y bello ver al hombre salir de algún modo de la nada por sus propios esfuerzos, disipar por medio de las luces de su razón las tinieblas en las cuales la naturaleza lo había envuelto, elevarse por encima de sí mismo, impulsarse por medio de su espíritu hasta las regiones celestes, recorrer con paso de gigante —tal como lo hace el sol— la vasta extensión del universo, y —lo que es aún más grande y más difícil— entrar en sí mismo para estudiar allí al hombre, conocer su naturaleza, sus deberes y su fin. Todas estas maravillas se han renovado desde hace pocas generaciones.

Europa había recaído en la barbarie de las primeras edades. Los pueblos de esta parte del mundo, hoy tan ilustrada, vivían hace algunos siglos en un estado peor que el de la ignorancia. No sé qué

jerga científica, más despreciable aún que la ignorancia, había usurpado el nombre de saber y oponía a su retorno un obstáculo casi invencible. Hacía falta una revolución para traer de nuevo a los hombres al sentido común, y llegó, finalmente, del lado que menos se la esperaba. Fue el estúpido musulmán, fue el eterno flagelo de las letras quien las hizo renacer entre nosotros. La caída del trono de Constantino⁶ llevó a Italia los despojos de la antigua Grecia. Francia, a su vez, se enriqueció con estos preciados despojos. Rápidamente, las ciencias siguieron a las letras, al arte de escribir se juntó el arte de pensar, gradación que puede parecer extraña y que no es quizá más que demasiado natural; se comenzó a sentir la principal ventaja del comercio con las musas, la de hacer a los hombres más sociables al inspirarles el deseo de agradarse mutuamente unos a otros por medio de obras dignas de la aprobación recíproca.

El espíritu tiene sus necesidades, lo mismo que el cuerpo. Estas son el fundamento de la sociedad, aquéllas forman su ornato. Mientras que el gobierno y las leyes persiguen la seguridad y el bienestar de los hombres reunidos, las ciencias, las letras y las artes, menos despóticas y quizá más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro con que aquellos hombres están cargados, ahogan en ellos el sentimiento de esa libertad originaria para la que parecían haber nacido, les hacen amar su esclavitud y forman lo que se llama pueblos civilizados. La necesidad levantó los tronos; las ciencias y las artes los han fortalecido. Potencias de la

⁶ Se refiere a la caída del imperio de Bizancio (1453), fundado por el emperador romano Constantino I (274-347).

tierra, amad a los talentos y proteged a los que los cultivan (a)⁷. Pueblos civilizados, cultivadlos; esclavos felices, les debéis el gusto delicado y fino del que os preciáis, esa dulzura de carácter y esa urbanidad de costumbres que hacen entre vosotros tan fácil y tan unido el comercio; en una palabra, las apariencias de todas las virtudes sin tener ninguna⁸.

Es por esta suerte de civismo, tanto más amable cuanto menos afecta el mostrarse, por lo que se distinguieron en otro tiempo Atenas y Roma en los tan loados días de su magnificencia y de su esplendor; es por ella, sin duda, que nuestro siglo y nuestra nación serán arrebatados sobre todos los tiempos y todos los pueblos. Un tono filosófico sin pedantería, de maneras naturales y, no obstante, cortes, igualmente alejadas de la rusticidad tedesca y de la pantomima ultramontana: he ahí los frutos del gusto adquirido por los buenos estudios y perfeccionado en el comercio del mundo.

¡Cuán dulce sería vivir entre nosotros si la continencia exterior fuese siempre la imagen de las disposiciones del corazón, si la decencia fuese la virtud, si nuestras máximas nos sirviesen de reglas, si la verdadera filosofía fuese inseparable del título de filósofo! Pero tan gran cantidad de cualidades marchan demasiado raramente juntas y la virtud no camina apenas con tan grande pompa. La riqueza del aderezo puede anunciar a un hombre opulento y

⁷ Las notas de Rousseau, lo mismo aquí que en el segundo Discurso, son aclaraciones o complementos del texto. Remitimos con una letra a ellas y se encontrarán al final del texto. Todas las restantes notas sin otra advertencia lo son, por tanto, del traductor.

⁸ Este párrafo, a partir de «Mientras que el gobierno...», es con toda verosimilitud una de las dos adiciones posteriores a que se refería Rousseau.

su elegancia a un hombre de gusto: el hombre sano y robusto se reconoce por otras marcas; es bajo el hábito rústico de un labrador y no bajo los dorados de un cortesano donde se encontrarán la fuerza y el vigor del cuerpo. El aderezo no es menos extraño a la virtud que lo son la fuerza y el vigor al alma. El hombre de bien es un atleta a quien le gusta combatir desnudo; desprecia todos esos viles adornos que le estorban para la utilización de sus fuerzas y la mayoría de los cuales sólo han sido inventados para ocultar alguna deformidad.

Antes de que el arte hubiese afectado nuestros modales y enseñado a nuestras pasiones a hablar un lenguaje artificioso, nuestras costumbres eran rústicas, pero naturales, y la diferencia en los modos de proceder anunciaba al primer golpe de vista la de los caracteres. La naturaleza humana, en el fondo, no era mejor, pero los hombres encontraban su seguridad en la facilidad de penetrarse recíprocamente, y esta ventaja, cuyo precio nosotros no sentimos, les ahorra gran cantidad de vicios.

Hoy, cuando investigaciones más sutiles y un gusto más fino han reducido el arte de agradar a principios, reina en nuestras costumbres una vil y engañosa uniformidad y parece como si todos los espíritus hubiesen sido echados en el mismo molde; el civismo exige sin cesar, la conveniencia ordena; incesantemente se siguen los usos, nunca su propio genio. Nadie se atreve ya a parecer lo que es y, en esta perpetua compulsión, los hombres que forman este rebaño que se llama sociedad, puestos en las mismas circunstancias, harían siempre las mismas cosas si motivos más poderosos no se lo impidiesen. Nunca se sabrá bien con quién se negocia; haría falta para conocer al amigo esperar las grandes oca-

siones, es decir, esperar que ya no sea tiempo de ello, puesto que es precisamente para esas ocasiones cuando sería esencial conocerlo.

¡Qué cortejo de vicios no acompañará esta incertidumbre! No más amistades sinceras, más verdadera estima, más confianza fundada. Las sospechas, las sombras, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición se ocultarán sin cesar bajo ese velo uniforme y pérfido del civismo, bajo esa urbanidad tan alabada que debemos a las luces de nuestro siglo. No se profanará más con juramentos el nombre del dueño del universo; pero se le insultará por medio de blasfemias sin que se ofendan los oídos escrupulosos. No se alabará el propio mérito, sino que se rebajará el ajeno. No se ultrajará groseramente al enemigo, sino que se calumniará con destreza. Los odios nacionales se extinguirán, pero ello será con la extinción del amor de la patria. A la ignorancia despreciada sustituirá un peligroso pirronismo. Habrá excesos proscritos, vicios sin honor; pero otros serán decorados con el nombre de virtudes y será necesario tenerlos o simularlos. Se alabará a quien quiera la sobriedad de los sabios de la época; no veo en ello, por mi parte, más que un refinamiento de la intemperancia tan indigno de mi elogio como su artificiosa simplicidad (*b*).

Tal es la pureza que nuestras costumbres han adquirido y es así como nos hemos convertido en gentes de bien. A las letras, a las ciencias y a las artes corresponde reivindicar lo que les pertenece en obra tan saludable. Añadiré tan sólo una reflexión. Se trata de que un habitante de continentes alejados que quisiese hacerse una idea de las costumbres europeas por el estado de las ciencias entre nosotros, por la perfección de nuestras artes, por la

conveniencia de nuestros espectáculos, por el civismo de nuestras maneras, por la afabilidad de nuestros discursos, por nuestras perpetuas demostraciones de benevolencia y por esa concurrencia tumultuosa de hombres de todas las edades que parecen empeñados desde la aurora hasta el ocaso del sol a obligarse recíprocamente; ese extranjero —digo— adivinaría respecto a nuestras costumbres exactamente lo contrario de lo que son.

Donde no hay efecto, no hay ninguna causa que buscar; pero aquí el efecto es cierto, la depravación real y nuestras almas se han corrompido a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. ¿Se dirá acaso que es un daño exclusivo de nuestra edad? No, señores; los males causados por nuestra vana curiosidad son tan viejos como el mundo. La elevación y descenso diarios de las aguas del océano no han estado sujetos con más regularidad al astro que nos alumbraba en la noche de lo que la suerte de las costumbres y de la probidad lo han estado al progreso de las ciencias y de las artes. Se ha visto que la virtud se ahuyenta a medida que su luz se eleva sobre nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se observó en todos los tiempos y en todos los lugares.

Mirad a Egipto, esta primera escuela de todo el universo, ese clima tan fértil bajo un cielo broncíneo, esa comarca célebre de la que en otro tiempo partió Sesostris para conquistar el mundo. Vino a ser la madre de la filosofía y de las bellas artes y, muy poco después, la conquista de Cambises, después la de los griegos, de los romanos, de los árabes y, finalmente, de los turcos.

Mirad a Grecia, antes poblada por héroes que vencieron dos veces el Asia, una delante de Troya,

la otra en sus propios hogares. Las letras nacientes no habían aún llevado la corrupción a los corazones de sus habitantes; pero el progreso de las artes, la disolución de las costumbres y el yugo de Macedonia se sucedieron rápidamente. Grecia, siempre sabia, siempre voluptuosa y siempre esclava, no conoció en sus revoluciones otra cosa que cambios de dueños. Toda la elocuencia de Demóstenes no pudo jamás reanimar un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado.

Es en el tiempo de los Ennio y los Terencio⁹ cuando Roma, fundada por un pastor e ilustrada por agricultores, comienza a degenerar. Pero después de los Ovidio, Catulo y Marcial¹⁰ con todo ese tropel de autores obscenos cuyos solos nombres alarman el pudor, Roma, antes el templo de la virtud, se convirtió en el teatro del crimen, el oprobio de las naciones y el juguete de los bárbaros. Esta capital del mundo cae finalmente bajo el yugo que ella había impuesto a tantos pueblos, y el día de su caída fue la víspera de aquel en que se dio a uno de sus ciudadanos el título de árbitro del buen gusto¹¹.

¿Qué diré de esa metrópoli del imperio de Oriente, que por su posición parecía deber serlo del mundo entero, de ese asilo de las ciencias y de las artes proscritas en el resto de Europa, más quizá por sabiduría que por barbarie? Todo lo que el libertinaje y la corrupción tienen de más vergonzoso, las traiciones, los asesinatos y sus venenos más ne-

⁹ Quinto Ennio (240-169 a.C.) y Terencio (194-159 a.C.), poetas romanos.

¹⁰ Catulo, siglo I a.C. y Ovidio y Marcial, siglo I p.C., son también conocidos poetas latinos.

¹¹ Fue el título que se le concedió a Petronio durante el reinado de Nerón.

gros, el concurso de todos los crímenes más atroces: he ahí lo que conforma el tejido de la historia de Constantinopla, he ahí la fuente pura de la que han emanado las luces de las que nuestro siglo se gloria.

Pero, ¿para qué buscar en tiempos lejanos pruebas de una verdad de la cual tenemos ante nuestros ojos abundancia de testimonios? Hubo en Asia una comarca inmensa en la que las letras honradas conducían a las primeras dignidades del Estado. Si las ciencias purificasen las costumbres, si enseñasen a los hombres a derramar su sangre por la patria, si diesen vida al coraje, los pueblos de la China deberían ser sabios, libres e invencibles. Pero si no hay vicio que no los domine, ningún crimen que no les sea familiar; si ni las luces de los ministros, ni la pretendida sabiduría de las leyes, ni la multitud de habitantes de este vasto imperio han podido librarlo frente al yugo del tártaro ignorante y grosero, ¿de qué le han servido todos sus sabios? ¿Qué fruto ha sacado de los honores de que ellos se colmaron? ¿Será acaso el de estar poblado por esclavos y malvados?

Opongamos a estos cuadros el de las costumbres de un pequeño número de pueblos que, preservados del contagio de los vanos conocimientos, han formado por sus virtudes su propia dicha y el ejemplo para otras naciones. Tales fueron los primeros persas, nación singular en la que se aprendía la virtud como entre nosotros se aprende la ciencia; que subyugó el Asia con tanta facilidad y que fue la única en tener la gloria de que sus instituciones pasen por una novela filosófica. Tales fueron los escitas, de los que nos restan tan magníficos elogios. Tales los germanos respecto a los cuales una pluma, harta ya de dibujar los crímenes y negruras

de un pueblo instruido, opulento y voluptuoso, se solazaba en pintar su simplicidad, su inocencia y sus virtudes. Tal había sido la misma Roma en los tiempos de su pobreza y de su ignorancia. Tal, finalmente, se muestra hasta nuestros días esa nación rústica¹² tan envidiada por su coraje, que la adversidad no consiguió abatir, y por su fidelidad, que el ejemplo no pudo corromper (c).

No es por estupidez por lo que éstos han preferido otros ejercicios a los del espíritu. No ignoraban que en otras comarcas hombres ociosos pasaban su vida disputando sobre el soberano bien, sobre el vicio y la virtud y que orgullosos razonadores, dándose a sí mismos los más grandes elogios, confundían a los restantes pueblos bajo el nombre despectivo de bárbaros; pero han considerado sus costumbres y han aprendido a desdeñar su doctrina (d).

¿Olvidaré acaso que fue en el seno mismo de Grecia donde se vio levantarse esa ciudad tan célebre por su feliz ignorancia como por la sabiduría de sus leyes, esa república de semidioses más que de hombres, pues tan superiores a la humanidad parecían sus virtudes? ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! ¡Mientras que los vicios conducidos por las bellas artes se introducían conjuntamente en Atenas, mientras que un tirano imitaba con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros las artes y los artistas, las ciencias y los sabios!

El éxito hizo marcar esta diferencia. Atenas se convirtió en la sede del civismo y del buen gusto,

¹² Alude a Suiza, su patria natal.

el país de los oradores y de los filósofos; la elegancia de las construcciones respondía a la del lenguaje; se veía por todas partes al mármol y a la tela animados por las manos de los maestros más hábiles. Es de Atenas de donde salieron esas obras sorprendentes que servirán de modelos en todas las épocas corrompidas. El cuadro de Lacedemonia es menos brillante. *Allí* —dicen los otros pueblos— *los hombres nacen virtuosos y el propio aire del país parece inspirar la virtud.* No nos queda de sus habitantes otra cosa que no sean sus acciones heroicas. ¿Valdrán menos para nosotros tales monumentos que los curiosos mármoles que Atenas nos ha dejado?

Algunos sabios, es cierto, han resistido al torrente general y se guardaron frente al vicio en la mansión de las musas. Pero que se escuche el juicio que el primero y más desgraciado entre ellos hacía de los sabios y de los artistas de su tiempo¹³:

«He examinado —dice— los poetas y los veo como gentes cuyo talento se impone a sí mismos y a los demás, que se tienen por sabios, que se les toma por tales y que no lo son.

»De los poetas —continúa Sócrates— he pasado a los artistas¹⁴. Nadie era más ignorante en lo tocante a las artes que yo, nadie estaba más convencido de que los artistas eran poseedores de muy bellos secretos. Sin embargo, me he dado cuenta de que su condición no es mejor que la de los poetas y que están, unos y otros, en el mismo pre-

¹³ Se trata de una traducción libre, debida a Diderot, de unos pasajes de la *Apología de Sócrates*, obra de Platón.

¹⁴ «Artistas»: el término tiene el doble sentido de «artistas» y «artesanos», matices ambos que aquí se mantienen.

juicio. Por el hecho de que los más hábiles de entre ellos son loados en su patria, se consideran los más sabios de los hombres. Esta presunción ha empañado inmediatamente su saber ante mis ojos, de tal suerte que, colocándome en el lugar del oráculo y preguntándome qué me gustaría más ser, lo que soy o lo que son ellos, es decir, saber lo que ellos han aprendido o saber que no sé nada, me he respondido a mí mismo y al dios: "Quiero seguir siendo lo que soy."

»No sabemos ni los sofistas, ni los poetas, ni los oradores, ni yo qué es lo verdadero, lo bueno y lo bello. Pero existe entre nosotros esta diferencia: que, aunque estas gentes no saben nada, todos creen saber algo; en cambio, por lo que a mí toca, si bien no sé nada, cuando menos no tengo de ello ninguna duda. De tal modo que toda esa superioridad de la sabiduría que me reveló el oráculo se reduce tan sólo a estar fuertemente convencido de que ignoro lo que no sé.»

¡He ahí al más sabio de los hombres en el juicio de los dioses y al más sabio de los atenienses en el sentimiento de toda Grecia, a Sócrates, haciendo el elogio de la ignorancia! ¿Se creará acaso que, si resucitase entre nosotros, nuestros sabios y artistas le harían cambiar de parecer? No, señores; este hombre justo continuaría despreciando nuestras vanas ciencias; no ayudaría a aumentar esta multitud de libros con que se nos inunda de todas partes y no legaría —tal como lo hizo— por todo precepto a sus discípulos y a nuestros pupilos otra cosa que el ejemplo y la memoria de su virtud. Ahí es donde reside la belleza de instruir a los hombres.

Sócrates había comenzado en Atenas, y el viejo

Catón¹⁵ continuó en Roma, a batallar contra esos griegos artificiosos y sutiles que seducían la virtud y debilitaban el coraje de sus conciudadanos. Pero las ciencias, las artes y la dialéctica prevalecieron a pesar de todo; Roma se llenó de filósofos y de oradores, se despreció la disciplina militar, la agricultura, se abrazaron sectas y se olvidó la patria. Con los sagrados nombres de libertad, desinterés, obediencia a las leyes, se sucedieron los nombres de Epicuro, de Zenón, de Arcesilao. Desde que los sabios comenzaron a aparecer entre nosotros —decían sus propios filósofos—, las gentes de bien se han eclipsado¹⁶. Hasta entonces, los romanos se habían contentado con practicar la virtud; todo se perdió cuando comenzaron a estudiarla.

¡Oh Fabricio!¹⁷ ¿Qué habría pensado vuestra alma grande si, para vuestra desdicha, llamado de nuevo a la vida, hubieseis contemplado la faz pomposa de esa Roma salvada por vuestro brazo y que vuestro respetable nombre había ilustrado mejor que todas esas conquistas? «Dioses —habríais exclamado—, ¿en qué se han convertido estos techos de rastros y estos hogares rústicos que antes habitaban la moderación y la virtud? ¿Qué funesto esplendor ha sucedido a la simplicidad romana? ¿Qué es este lenguaje extranjero? ¿Cuáles estas costumbres afeeminadas? ¿Qué significan estas estatuas, estos cuadros, estos edificios? ¿Qué habéis hecho, insensatos? ¡Vosotros, los dueños de las naciones, os habéis convertido en los esclavos de los hombres frívolos que habíais vencido! ¡Son los retóricos quienes os gobiernan! ¡Habéis regado con vuestra sangre

¹⁵ Catón (234-149 a.C.), famoso por su rectitud.

¹⁶ Es una cita de Séneca, *Cartas a Lucilio*, 95.

¹⁷ Cayo Fabricio, cónsul de Roma el año 282 a.C.

Grecia y Asia para enriquecer a arquitectos, a pintores, a escultores y a histriones! ¡Los despojos de Cartago son la presa de un tañedor de flauta!¹⁸. Romanos, apresuraos a echar abajo estos anfiteatros, derribad estos mármoles, quemad estos cuadros, cazad a estos esclavos que os subyugan y cuyas artes funestas os corrompen. Que otras manos se ilustren con vanos talentos; el único talento digno de Roma es el de conquistar el mundo y hacer reinar en él la virtud. Cuando Cinna¹⁹ tomó a nuestro senado por una asamblea de reyes, no fue deslumbrado por una pompa vana ni por una elegancia rebuscada; no escuchó allí esta elocuencia frívola, el estudio y el encanto de hombres fútiles. ¿Qué vio, entonces, Cinna tan majestuoso? ¡Oh ciudadanos!, vio un espectáculo que no darán nunca vuestras riquezas ni todas vuestras artes, el más bello espectáculo que apareció jamás bajo el sol: la asamblea de doscientos hombres virtuosos, dignos de gobernar Roma y toda la tierra.»

Pero franqueemos las distancias de lugares y tiempos y veamos lo que pasa en nuestras comarcas y ante nuestros ojos; o mejor, descartemos pinturas odiosas que herirían nuestra delicadeza y tomémonos el trabajo de repetir las mismas cosas bajo otros nombres. No en vano evocaba yo los manes de Fabricio, pues ¿qué podría hacer decir a ese gran hombre que no pudiese poner en la boca de Luis XII o de Enrique IV?²⁰. Entre nosotros, es cierto, Sócrates no habría bebido la cicuta, pero habría bebi-

¹⁸ Una de las habilidades de que estaba orgulloso el emperador Nerón.

¹⁹ Cinna, embajador de Pirro, rey del Epiro.

²⁰ Reyes de Francia: Luis XII, de 1498 a 1515; Enrique IV, de 1589 a 1610. Nótese cómo aquí Rousseau se hace pasar por francés.

do en una copa aún más amarga, las burlas insultantes y el desprecio, cien veces peores que la muerte.

He ahí cómo el lujo, la disolución y la esclavitud han sido siempre el castigo de los orgullosos esfuerzos que hemos hecho por salir de la feliz ignorancia en que nos había puesto la eterna sabiduría. El espeso velo con que ha cubierto todas sus operaciones parecía advertirnos hasta el exceso que no nos ha destinado para vanas investigaciones. Pero, ¿hay acaso alguna lección suya de que hayamos sabido sacar provecho o que hayamos despreciado impunemente? Pueblos, sabed, pues, de una vez, que la naturaleza ha querido preservarnos de la ciencia, como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que nos oculta son otros tantos males frente a los que nos garantiza y que el trabajo que tomamos en instruirnos no es el menor de sus beneficios. Los hombres son perversos; serían aún mucho peores si hubiesen tenido la desgracia de nacer sabios.

¡Cuán humillantes son estas reflexiones para la humanidad! ¡Hasta qué punto debe ser mortificado nuestro orgullo! ¿Acaso será la probidad hija de la ignorancia? ¿La ciencia y la virtud serán incompatibles? ¿Qué consecuencias no se sacarían de estos prejuicios? Pero, para conciliar estas contradicciones aparentes no hace falta más que examinar de cerca la vanidad y la nulidad de los títulos orgullosos que nos deslumbran y que otorgamos tan gratuitamente a los conocimientos humanos. Consideremos, pues, las ciencias y las artes en sí mismas. Veamos qué debe resultar de su progreso y no vacilemos más en convenir en todos los puntos en los que nuestros razonamientos se encontrasen de acuerdo con las inducciones históricas.

SEGUNDA PARTE

Cuenta una antigua tradición, transmitida de Egipto a Grecia, que un dios enemigo de la tranquilidad humana fue el inventor de las ciencias (*e*). ¿Qué tipo de opinión debieron tener respecto a ellas, entonces, los mismos egipcios, entre quienes nacieron? Es que veían de cerca las fuentes que las habían producido. En efecto; bien sea que se hojeen los anales del mundo, bien que se suplan crónicas inciertas por investigaciones filosóficas, no se encontrará para los conocimientos humanos un origen que responda a la idea que de él suele formarse. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas, incluso la misma moral, del orgullo humano. Las ciencias y las artes deben, pues, su nacimiento a nuestros vicios; no tendríamos tantas dudas sobre sus ventajas si se debiesen a nuestras virtudes.

El defecto de su origen está demasiado conservado en sus objetos. ¿Qué haríamos de las artes sin el lujo que las alimenta? ¿De qué serviría la jurisprudencia sin las injusticias de los hombres? ¿En qué se convertiría la historia si no hubiese en ella tiranos, ni guerras, ni conquistadores? ¿Quién querría, en una palabra, pasar su vida en estériles contemplaciones si cada cual, no tomando en consideración más que los deberes del hombre y las necesidades de la naturaleza, sólo tuviese tiempo para la patria, para los desdichados y para sus amigos? ¿Acaso hemos sido hechos para morir atados en los bordes de los pozos adonde se ha reti-

rado la verdad? Esta única reflexión debería chocar, desde el primer momento, a todo hombre que buscase seriamente instruirse mediante el estudio de la filosofía.

¡Cuántos peligros, cuántos falsos caminos en la investigación de las ciencias! ¡Por qué cantidad de errores, mil veces más peligrosos que útil es la verdad, es preciso llegar a ésta! La desventaja es clara, pues lo falso es susceptible de una infinidad de combinaciones, mientras que la verdad sólo tiene un modo de ser. Por lo demás, ¿quién hay que la busque con toda sinceridad? Incluso con la mejor voluntad, ¿cuáles son las señales que permiten estar seguro de reconocerla? En este tropel de sentimientos diferentes, ¿cuál será nuestro *criterium* para juzgar bien? (*f*). Y, lo que es más difícil, si por suerte la encontramos finalmente, ¿quién de nosotros sabrá hacer de ella un buen uso?

Si nuestras ciencias son vanas en el objeto que se proponen, son aún más peligrosas por los efectos que producen... Nacidas en la ociosidad, la alimentan a su vez y la irreparable pérdida del tiempo es el primer perjuicio que necesariamente causan a la sociedad. En política, como en moral, es un gran mal no hacer nada bueno y todo ciudadano inútil puede ser mirado como un hombre pernicioso. Respondedme, pues, filósofos ilustres, vosotros por quienes sabemos las razones por las que los cuerpos se atraen en el vacío: ¿cuáles son en las revoluciones de los planetas las relaciones de las áreas recorridas en tiempos iguales? ¿Qué curvas tienen los puntos conjugados de inflexión y de retroceso? ¿Cómo ve el hombre todo en Dios? ¿Cómo el alma y el cuerpo se corresponden sin comunicación, tal como lo harían dos relojes? ¿Qué astros pueden estar ais-

lados? ¿Qué insectos se reproducen de un modo fuera de lo normal? Respondedme, digo, vosotros de quienes hemos recibido tantos conocimientos sublimes: aun cuando nunca nos hubieseis enseñado nada de estas cosas, ¿seríamos por ello menos numerosos, menos bien gobernados, menos constantes, menos florecientes o más perversos? Revisad, pues, la importancia de vuestras producciones y si los trabajos de los más ilustrados de nuestros sabios y de nuestros mejores ciudadanos nos aportan tan poca utilidad, decidnos qué debemos pensar de este tropel de escritores oscuros y de letrados ociosos que devoran inútilmente la sustancia del Estado.

¿Digo ociosos? ¡Plugiense a Dios que lo fuesen efectivamente! Las costumbres serían más sanas y la sociedad más placentera. Pero estos vanos y fútiles declamadores van a todas partes, armados con sus funestas paradojas, minando los fundamentos de la ley y aniquilando la virtud. Sonríen desdeñosamente frente a esas viejas palabras de patria o de religión y consagran sus talentos y su filosofía a destruir y debilitar todo lo que hay de sagrado entre los hombres. No es que en el fondo odien ni la virtud ni nuestros dogmas; es de la opinión pública de quien son enemigos, y para ir de nuevo al pie de los altares sería suficiente con relegarlos entre los ateos. ¡Oh furor de distinguirse, hasta qué punto sois poderoso!

Es un gran mal el abuso del tiempo. Pero otros males peores aún siguen a las letras y a las artes. Tal es el lujo, nacido como aquéllos de la ociosidad y de la vanidad de los hombres. El lujo se da raramente sin las ciencias y las artes, pero éstas no se dan nunca sin él. Sé que nuestra filosofía, siempre fecunda en máximas singulares, pretende,

contra la experiencia de todos los siglos, que el lujo conforma el esplendor del Estado; pero, después de haber olvidado la necesidad de las leyes suntuarias, ¿se atreverá a negar que las buenas costumbres sean esenciales para la duración de los imperios y que el lujo no sea diametralmente opuesto a las buenas costumbres? Que el lujo sea un signo cierto de riquezas, que sirva incluso si se quiere para multiplicarlas: ¿qué habrá que concluir de semejante paradoja, tan digna de nacer en nuestros días? ¿Y en qué se convertirá la virtud cuando sea preciso enriquecerse al precio que sea? Los antiguos políticos hablaban incesantemente de costumbres y de virtud; los nuestros sólo hablan de comercio y de dinero. Uno ²¹ os dirá que un hombre vale en tal comarca la suma por la que se le vendería en Argel; otro ²², siguiendo este cálculo, encontrará países en los que un hombre no vale nada y otros en los que vale menos que nada. Valoran a los hombres como rebaños de ganado. Según ellos, un hombre no vale al Estado más que la consumición que le hace; de este modo, un sibarita habría valido bien lo que treinta lacedemonios. Que se adivine, entonces, cuál de estas dos repúblicas, Esparta o Sibaris, fue subyugada por un puñado de campesinos y cuál hizo temblar a Asia.

La monarquía de Ciro fue conquistada con treinta mil hombres por un príncipe más pobre que el menor de los sátrapas de Persia, y los escitas, el más miserable de todos los pueblos, resistieron a los más poderosos monarcas del universo. Dos famosas repúblicas se disputaron el imperio del mun-

²¹ Alusión al caballero Petty, economista inglés.

²² Cita implícita de Montesquieu, *L'esprit des lois*, XXIII, 17.

do; una era muy rica, la otra no tenía nada, y fue ésta la que destruyó a la otra. El mismo imperio romano, a su vez, después de haber engullido todas las riquezas del universo, fue presa de gentes que incluso ni sabían lo que era la riqueza. Los francos conquistaron las Galias, los sajones Inglaterra, sin más tesoros que su bravura en su pobreza. Un rebaño de pobres montañeses, cuya avidez entera se reducía a algunas pieles de corderos, después de haber dominado la soberbia austríaca, aplastó esa opulenta y temible casa de Borgoña que hacía temblar a los potentados de Europa. En fin, todo el poderío y toda la sabiduría del heredero de Carlos V, sostenidos con todos los tesoros de las Indias, vinieron a estrellarse contra un puñado de pescadores de arenques. Que nuestros políticos se dignen suspender sus cálculos para reflexionar en estos ejemplos y que aprendan de una vez que se tiene todo con el dinero, excepto las costumbres y los ciudadanos.

¿De qué se trata, pues, precisamente en esta cuestión del lujo? De saber qué importa más a los imperios, si el ser brillantes y esporádicos o el ser virtuosos y duraderos. El gusto por la pompa apenas si anida en las mismas almas que el de la honestidad. No, no es posible que los espíritus degradados por una multitud de cuidados fútiles lleguen nunca a algo grande, pues, aunque tuviesen fuerza para ello, les faltaría el coraje.

Todo artista quiere ser aplaudido. Los elogios de sus contemporáneos son la parte más preciosa de sus recompensas. ¿Qué hará, pues, por obtenerlos si tiene la desgracia de nacer en un pueblo que los sabios a la moda han puesto en estado de dar el tono a una juventud frívola, donde los hombres han

sacrificado su gusto a los tiranos de su libertad (g), donde, al no atreverse uno de los sexos a aprobar más que aquello que está proporcionado a la pusilanimidad del otro, se permite que caigan obras maestras de la poesía dramática y son rechazados prodigios de armonía? ¿Qué hará él, señores? Rebajará su genio al nivel de su siglo y preferirá componer obras comunes que se admiren durante su vida antes que maravillas que sólo se admirarán mucho tiempo después de su muerte. ¡Decidnos, célebre Arouet²³, qué cantidad de bellezas masculinas y fuertes habéis sacrificado a nuestra falsa delicadeza! ¡Y hasta qué punto el espíritu de la galantería, tan fértil en cosas pequeñas, os ha costado otras grandes!

Es así como la disolución de las costumbres, escuela necesaria del lujo, supone a su vez la corrupción del gusto. Que si, por azar, entre los hombres extraordinarios por sus talentos se encuentra alguno que tenga firmeza en su alma y rehúse prestarse al genio de su siglo hasta envilecerse con producciones pueriles, ¡desdichado de él!, pues morirá en la indigencia y en el olvido. ¡No es un pronóstico lo que aquí hago, sino que cuento una experiencia! Carle, Pierre²⁴: ha llegado el momento en que ese pincel destinado a aumentar la majestad de nuestros templos con imágenes sublimes y santas caerá de vuestras manos o será prostituido para adornar con pinturas lascivas los paneles de un «vis-à-vis»²⁵. Y tú, rival de Praxíteles y de Fidias, tú,

²³ F.-M. Arouet es el nombre de quien se firmará Voltaire.

²⁴ Carle van Loo y su hermano Pierre eran amigos de los enciclopedistas. El primero es un notable pintor y el segundo fue profesor de la Academia de Bellas Artes en 1748.

²⁵ «Vis-à-vis»: especie de coche en forma de berlina, pero de una sola plaza.

cuyo cincel los antiguos habrían empleado para construir dioses capaces de excusar a nuestros ojos su idolatría; inimitable Pigalle²⁶, tu mano se resolverá a rebajarse al vientre de un monigote o tendrá que permanecer ociosa.

No se puede reflexionar sobre las costumbres sin que se llegue a recordar la imagen de la simplicidad de los primeros tiempos. Es una bella ribera, adornada únicamente por las manos de la naturaleza, hacia la cual se vuelven incesantemente los ojos y de la que siente uno alejarse a disgusto. Cuando los hombres inocentes y virtuosos gustaban de tener a los dioses como testigos de sus acciones, habitaban juntos bajo las mismas cabañas; pero bien pronto, convertidos en malvados, se deshicieron de esos incómodos espectadores y los recluyeron en templos magníficos. Finalmente, los arrojaron de allí para instalarse ellos mismos o, cuando menos, los templos de los dioses no se distinguían ya de las casas de los ciudadanos. Tuvo lugar entonces el colmo de la depravación y los vicios nunca fueron llevados más lejos que cuando se los vio, por decirlo así, sostenidos a la entrada de los palacios de los grandes por columnas de mármol y grabados sobre los capiteles corintios.

Al mismo tiempo que las comodidades de la vida se multiplican, que las artes se perfeccionan y el lujo se extiende, el verdadero coraje se enerva, las virtudes militares se desvanecen; todo ello sigue siendo obra de las ciencias y de todas esas artes que se ejercitan en la sombra de un gabinete. Cuando los godos devastaron Grecia, las bibliotecas sólo se

salvaron del fuego gracias a esta opinión emitida por uno de ellos: que era preciso dejar a los enemigos muebles tan adecuados para apartarlos del ejercicio militar y divertirlos con ocupaciones ociosas y sedentarias. Carlos VIII²⁷ se vio dueño de la Toscana y del reino de Nápoles casi sin haber desenvainado la espada, y toda su corte atribuyó esta facilidad inesperada a que los príncipes y la nobleza de Italia se divertían más en convertirse en ingeniosos y sabios de lo que se ejercitaban en tornarse vigorosos y guerreros. Efectivamente, dice el hombre de buen sentido que cuenta estos dos casos²⁸ todos los ejemplos nos enseñan que en civilización marcial y en todas las que se le parecen, el estudio de las ciencias es mucho más propicio para debilitar y afeminar los corajes que para afirmarlos y animarlos.

Los romanos han confesado que la virtud militar se había extinguido entre ellos a medida que habían comenzado a reconocerse en cuadros, en grabados, en vasos de orfebrería y a cultivar las bellas artes; y, como si esta comarca famosa estuviese destinada a servir incesantemente de ejemplo a los restantes pueblos, la ascensión de los Médicis y el restablecimiento de las letras les hizo perder de nuevo —y quizá para siempre— esa reputación guerrera que Italia parecía haber recobrado hace algunos siglos.

Las antiguas repúblicas griegas, con esa sabiduría que brillaba en la mayor parte de sus instituciones, habían prohibido a sus ciudadanos todas

²⁶ J.-B. Pigalle (1714-86), célebre escultor francés y autor de un busto de Rousseau de gran belleza.

²⁷ Carlos VIII, rey de Francia en 1483-89.

²⁸ Se trata de Montaigne, *Essais* I, 24.

esas ocupaciones tranquilas y sedentarias que, al afectar y corromper al cuerpo, no tardan en debilitar el vigor del alma. ¿Con qué armas, en efecto, se piensa que podrían mirar el hambre, la sed, las fatigas, los peligros y la muerte hombres a quienes quebranta la menor necesidad y deshace el menor trabajo? ¿Con qué coraje soportarían los soldados trabajos excesivos a los que no están acostumbrados? ¿Con qué ardor realizarían marchas forzadas bajo oficiales que ni siquiera tienen la fuerza suficiente para viajar a caballo? Que no se me objete el renombrado valor de todos esos guerreros modernos tan sabiamente disciplinados. Se me alaba mucho su bravura en un día de batalla; pero no se me dice cómo soportan el exceso de trabajo, cómo resisten al rigor de las estaciones y a las intemperies del aire libre. No se necesita más que un poco de sol o de nieve, que la privación de algunas cosas superfluas para vencer y destruir en pocos días al mejor de nuestros ejércitos. Guerreros intrépidos, sufrid por una vez la verdad que tan raramente os es dado escuchar. Sois bravos, lo sé; habríais triunfado con Aníbal en Cannas y en Trasímeno; con vosotros César habría pasado el Rubicón y subyugado a su país; pero no es con vosotros con quienes el primero habría pasado los Alpes ni el otro vencido a vuestros antepasados.

Los combates no constituyen siempre el éxito de la guerra, y existe para los generales un arte superior al de ganar las batallas. Aquél corre intrépidamente al fuego sin dejar de ser un mal oficial; en el soldado mismo un poco más de fuerza y de vigor sería tal vez más necesario que tanta bravura, la cual no le da garantías frente a la muerte. ¿Y qué importa al Estado que sus tropas perezcan por la

fiebre y por el frío, o bien por el hierro del enemigo?

Si el cultivo de las ciencias es perjudicial para las cualidades guerreras, lo es aún más para las cualidades morales. Desde nuestros primeros años una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Veo por todas partes inmensos establecimientos en los que se educa con grandes costes a la juventud para enseñarle todas las cosas, excepto sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propia lengua, pero hablarán otras que no usan en ninguna parte; sabrán componer versos que apenas comprenderán; sin saber distinguir el error de la verdad, poseerán el arte de dárselos a conocer a los otros por argumentos sutiles, pero los vocablos como magnanimidad, equidad, templanza, humanidad, coraje, no sabrán lo que son; el dulce nombre de patria no llegará nunca a sus oídos y, si oyen hablar de Dios, será menos para temerle que para tenerle lástima (*b*). Preferiría, dice un sabio²⁹, que mi alumno hubiese pasado el tiempo jugando a la pelota, cuando menos su cuerpo estaría mejor dispuesto. Sé que es preciso tener ocupados a los niños y que la ociosidad es el más temible de los males. ¿Qué deben, pues, aprender? He ahí, sin lugar a dudas, una bella cuestión. Que aprendan lo que deben hacer cuando sean hombres (*i*) y no lo que deben olvidar.

Nuestros jardines están adornados de estatuas y nuestras galerías de cuadros. ¿Qué pensaríais que representan esas obras maestras del arte expuestas a la admiración pública? ¿Los defensores de la patria? ¿O los hombres más grandes que la han en-

²⁹ De nuevo Montaigne, l. c.

riquecido con sus virtudes? No. Son las imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, tomadas cuidadosamente de la antigua mitología y presentadas con toda naturalidad a la admiración de nuestros niños, sin duda con el fin de que tengan ante sus ojos los modelos de las malas acciones, incluso antes de saber leer.

¿De dónde nacen todos estos abusos si no es de la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y el envilecimiento de las virtudes? He ahí el efecto más evidente de todos nuestros estudios y la más peligrosa de todas sus consecuencias. No se pregunta a un hombre si tiene probidad, sino si tiene talentos; ni a un libro si es útil, sino si está bien escrito. Las recompensas se prodigan al espíritu bello y la virtud permanece sin honor. Hay mil premios para los bellos discursos, ninguno para las bellas acciones. Que se me diga, sin embargo, si la gloria otorgada al mejor de los discursos que serán premiados en esta Academia es comparable al mérito de haber fundado el premio³⁰.

El sabio no corre detrás de la fortuna, pero no es insensible a la gloria y, cuando la ve tan mal distribuida, su virtud, a la cual un poco de admiración habría animado y tornado útil a la sociedad, languidece y se extingue en la miseria y en el olvido. He ahí lo que a la larga debía producir por todas partes la preferencia de los talentos agradables a los útiles y lo que la experiencia no ha hecho más que confirmar demasiado después de la renovación de las ciencias y las artes. Tenemos físicos, geóme-

tras, químicos, astrónomos, poetas, músicos, pintores; no tenemos ya ciudadanos o, si todavía nos queda alguno disperso en nuestros campos abandonados, allí parece indigente y despreciado. Tal es el estado a que se ven reducidos, tales los sentimientos que de nosotros obtienen quienes dan pan y leche a nuestros hijos.

Confieso, sin embargo, que el mal no es tan grande como podría serlo. La eterna previsión, colocando al lado de las distintas plantas perjudiciales las saludables y en la sustancia de muchos animales maléficos el remedio para sus heridas, ha enseñado a los soberanos, que son sus ministros, a imitar su sabiduría. A su ejemplo del seno mismo de las ciencias y las artes, fuente de mil desarreglos, ese gran monarca, cuya gloria adquirirá cada vez más esplendor, sacó esas sociedades célebres encargadas, a la vez, del peligroso depósito de los conocimientos humanos y del sagrado depósito de las costumbres mediante la atención con que deben mantener en ellas toda la pureza y exigirla en todos los miembros que reciben.

Estas sabias instituciones, fortalecidas por su augusto sucesor e imitadas por todos los reyes de Europa, servirán cuando menos como freno a las gentes de letras que, al aspirar todas al honor de ser admitidas en las academias, se vigilarán a sí mismas y procurarán hacerse dignas de ello mediante obras útiles y costumbres irreprochables. Aquellas de estas asociaciones que para los premios con los que honran el mérito literario escogiesen temas aptos para reanimar en el corazón de los ciudadanos el amor a la virtud, mostrarán que este amor reina entre ellas y darán a los pueblos ese placer tan raro y dulce que es ver a las sociedades sabias dedicarse

³⁰ Este párrafo es también con verosimilitud el otro añadido posteriormente por Rousseau, introduciendo así un tema que debatirá ampliamente el segundo Discurso.

a arrojar sobre el género humano, no sólo luces agradables, sino también instrucciones saludables.

Que no se oponga, pues, una objeción que para mí es una nueva prueba. Tantos cuidados no hacen más que mostrar sobradamente la necesidad de tomarlos y no se buscan remedios a males que no existen. ¿Por qué es necesario que éstos tengan aún por su insuficiencia el carácter de remedios ordinarios? Tal cantidad de establecimientos levantados para ventaja de los sabios no son capaces de imponer los objetos de las ciencias y volver los espíritus a su cultivo. Parece, por las precauciones que se toman, que se tiene a demasiados obreros y se teme que falten filósofos. No quiero arriesgar aquí una comparación de la agricultura y la filosofía, pues no se soportaría. Preguntaré tan sólo: ¿Qué es la filosofía? ¿Qué contienen los escritos de los filósofos más conocidos? ¿Cuáles son las lecciones de estos amigos de la sabiduría? Al escucharlos, ¿no se les tomaría por un rebaño de charlatanes gritando cada cual por su lado en la plaza pública: venid a mí, soy el único que no se equivoca? Uno³¹ pretende que no existe el cuerpo y que todo es representación; otro³², que no hay más sustancia que la materia ni más dios que el mundo. Aquél³³ aventura que no hay virtudes ni vicios y que el bien y el mal son sólo quimeras; el de más allá³⁴, que los hombres son lobos y pueden devo-

³¹ Parece tratarse del filósofo irlandés G. Berkeley.

³² Cualquiera de los materialistas ilustrados. Rousseau pudo haber leído a Lamettrie, y conocía al barón de Holbach, del que habla reiteradamente en las *Confesiones*.

³³ ¿Posible alusión a una versión falseada de Spinoza? Podría inducir a pensarlo así el hecho de que luego Rousseau le citará en un contexto no muy distinto.

³⁴ La alusión a T. Hobbes es ahora bien clara.

rarse con la conciencia tranquila. ¡Oh grandes filósofos!, ¿por qué no reserváis para vuestros amigos y para vuestros hijos estas provechosas lecciones? Recibiríais bien pronto el premio y nosotros no temeríamos encontrar entre los nuestros alguno de vuestros sectarios.

¡He ahí, pues, los hombres maravillosos a quienes la estima de sus contemporáneos ha sido prodigada durante su vida y la inmortalidad reservada después de su muerte! ¡He ahí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitimos de generación en generación a nuestros descendientes! El paganismo, dedicado a todos los extravíos de la razón humana, ¿ha dejado a la posteridad nada que sea comparable a los monumentos vergonzosos que ha preparado la imprenta bajo el reino del Evangelio? Los escritos impíos de Leucipo y de Diágoras³⁵ han perecido con ellos, pues aún no se había inventado el arte de eternizar las extravagancias del espíritu humano; pero, gracias a los caracteres tipográficos (*j*) y al uso que hacemos de ellos, las peligrosas lucubraciones de los Hobbes y los Spinoza permanecerán para siempre. Id, escritos célebres de los que no habrían sido capaces la ignorancia y rusticidad de nuestros padres, acompañad en nuestros descendientes a esas obras más peligrosas aún de donde exhala la corrupción de costumbres de nuestro siglo y llevad conjuntamente a los siglos venideros una historia fiel del progreso y de las ventajas de nuestras ciencias y de nuestras artes. Si os leen, no les dejaréis ningún tipo de vacilación res-

³⁵ Leucipo, filósofo griego fundador del atomismo (s. VI a. C.). Diágoras de Melos, filósofo griego (s. V a. C.); los datos probablemente están tomados de Cicerón, *De nat. deor.*, I, 62-3.

pecto al problema que discutimos hoy y, a no ser que sean aún más insensatos que nosotros, levantarán sus manos al cielo y dirán en la amargura de su corazón: «Dios todopoderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, líbranos de las luces y funestas artes de nuestros padres y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacernos dichosos y que son preciosos ante ti.»

Pero si el progreso de las ciencias y de las artes no ha añadido nada a vuestra verdadera felicidad; si ha corrompido nuestras costumbres y si la corrupción de las costumbres ha afectado a la pureza del gusto, ¿qué pensaremos de ese tropel de autores elementales que han retirado del templo de las musas las dificultades que defendían su abordaje y que la naturaleza había colocado allí como prueba de las fuerzas de aquellos que estén tentados por el saber? ¿Qué pensaremos de esos compiladores de obras que indiscretamente han quemado la puerta de las ciencias e introducido en su santuario un populacho indigno de acercarse, mientras que sería deseable que todos los que no pudiesen llegar lejos en la carrera de las ciencias fuesen rechazados de entrada y dedicados a artes útiles a la sociedad? Aquel que será toda su vida un mal versificador, un geómetra subalterno, quizá habría podido llegar a ser un gran fabricante de telas. Los Verulam, los Descartes y los Newton, esos preceptores del género humano, no los han tenido ellos mismos: ¿qué guías les habrían conducido adonde les llevó su vasto genio? Los maestros ordinarios no habrían podido hacer otra cosa que retardar su entendimiento al encerrarlo en la estrecha capacidad del de ellos. Es por los primeros obstáculos como aprendieron a hacer esfuerzos y

como se fueron ejercitando para franquear el inmenso espacio que han recorrido. Si es necesario permitir a algunos hombres que se dediquen al estudio de las ciencias y de las artes, sólo debe ser a aquellos que se sientan con fuerzas para marchar sólo detrás de sus pasos y adelantarlos; es a este pequeño número a quien corresponde levantar monumentos a la gloria del espíritu humano. Pero si se quiere que no haya nada por encima de su genio, es preciso que no haya nada por encima de sus esperanzas; he ahí el único estímulo de que tienen necesidad. El alma se pone insensiblemente en proporción a los objetos que la ocupan y son las grandes ocasiones quienes hacen a los grandes hombres. El príncipe de la elocuencia fue cónsul de Roma³⁶ y el que quizá sea el más grande de los filósofos canciller de Inglaterra³⁷. ¿Créese, acaso, que si el uno no hubiese ocupado más que una cátedra en alguna universidad y el otro no hubiese obtenido más que una módica pensión de académico; se cree —digo— que sus obras no harían sentir su estado? Que los reyes no desdeñen, pues, admitir en sus consejos a los más capaces de aconsejarles bien; que renuncien a ese viejo prejuicio, inventado por el orgullo de los grandes, de que el arte de conducir a los pueblos es más difícil que el de ilustrarlos, como si fuese más fácil comprometer a los hombres de buen grado que el constreñirlos por la fuerza; que los sabios de primer orden encuentren en sus cortes honorables asilos, que obtengan la única recompensa digna de ellos, la de contribuir por

³⁶ Clara alusión a Cicerón.

³⁷ Se trata de F. Bacon de Verulam (1561-1626), filósofo inglés y canciller de Inglaterra.

su crédito a la dicha de los pueblos a los que hayan enseñado la sabiduría. Será sólo entonces cuando se vea lo que pueden la virtud, la ciencia y la autoridad animadas por una noble emulación y trabajando concertadas para la felicidad del género humano. Pero en tanto que el poderío sólo esté de un lado, las luces y sabiduría solas de otro, los sabios pensarán raramente grandes cosas y aún más raramente los príncipes las harán bellas, continuando los pueblos siendo viles, corrompidos y desgraciados.

Por lo que toca a nosotros, hombres vulgares a quienes el cielo no ha otorgado tan grandes talentos y no destina a tanta gloria, permanezcamos en nuestra oscuridad. No corramos detrás de una reputación que se nos escapará y que, en el estado actual de las cosas, nunca nos reportará lo que nos haya costado, aun cuando tuviésemos todos los títulos para obtenerla. ¿Por qué buscar nuestra dicha en la opinión del otro, cuando podemos encontrarla en nosotros mismos? Dejemos a otros el trabajo de instruir los pueblos en lo que respecta a sus deberes y limitémonos a cumplir bien los nuestros; no necesitamos saber más.

Oh virtud, ciencia sublime de las almas simples, ¿hacen falta tantos trabajos y aparato para concertarse? ¿No están tus principios grabados en todos los corazones? ¿Y no es suficiente para aprender tus leyes con entrar en uno mismo y escuchar la voz de la conciencia en el silencio de las pasiones? He ahí la verdadera filosofía, sepamos contentarnos con ella y, sin envidiar la gloria de esos hombres célebres que se immortalizan en la república de las letras, cuidemos de poner entre ellos y nosotros esta distinción gloriosa que se hacía notar an-

tes entre dos grandes pueblos: que uno sabía hablar bien y el otro obrar bien³⁸.

NOTAS DE ROUSSEAU

- a, p. 8: Los príncipes ven siempre con buenos ojos que el gusto de las artes agradables y de las cosas superfluas se extienda entre sus subordinados, con tal de que no lleven a exigencias pecuniarias; ello porque, además de que los alimentan así en esa estrechez de alma tan propia a la servidumbre, saben muy bien que todas las necesidades que el pueblo se crea son otras tantas cadenas con las que se carga. Alejandro³⁹, queriendo mantener bajo su dependencia a los ictiófagos, los obligó a renunciar a la pesca y comer los alimentos comunes a todos los pueblos. Los salvajes de América, que van totalmente desnudos y sólo viven del producto de su caza, no han podido ser dominados jamás; en efecto, ¿qué yugo se impondría a estos hombres que no tienen necesidad de nada?
- b, p. 10: «Me gusta —dice Montaigne— conversar y discurrir, pero ello con pocos hombres y para mí. Porque el servir de espectáculo a los grandes y hacer a la fuerza alarde de su ingenio y de su cháchara lo encuentro demasiado humillante para un hombre de honor.» Es lo que le pasa a todos nuestros bellos espíritus, excepto uno...⁴⁰.
- c, p. 14: No oso hablar de esas naciones felices que ni siquiera conocen el nombre de vicios que nosotros tenemos tanto trabajo para reprimir; de esos salvajes de América de los que Montaigne no duda en preferir su simplicidad y civilización natural, no sólo a las Leyes de Platón, sino incluso a todo lo que la filosofía podrá imaginar nunca como lo más perfecto para el gobierno de los hombres. Cita una gran cantidad

³⁸ Idea tomada de Montaigne, *Essais* I, 25.

³⁹ Alejandro Magno, emperador de Macedonia. Los ictiófagos, «comedores de peces», habitaban en las riberas del golfo pérsico; el dato está sacado de Plinio el Viejo, *Historia natural* VI, 25.

⁴⁰ El texto de Montaigne en *Essais* III, 8. La excepción parece apuntar a su protector Diderot.

de ejemplos chocantes para quien los sepa admirar: «Pero ¡cómo!— dice—, van descalzos»⁴¹.

- d. p. 14: Que se me diga de buena fe qué opinión debían tener los propios atenienses de la elocuencia cuando la separaron con tanto cuidado de este tribunal íntegro, ante cuyos juicios no apelaban los mismos dioses. ¿Qué pensaban los romanos de la medicina cuando la desterraron de su república? Y cuando un resto de humanidad llevó a los españoles a prohibir a sus gentes de leyes la entrada en América, ¿qué idea tendrían de la jurisprudencia? ¿No se diría que han creído reparar, por este único acto, todos los males que habían cometido contra esos desgraciados indios?⁴²
- e. p. 20: Se ve con facilidad la alegoría de la fábula de Prometeo y no parece que los griegos, que lo encadenaron al Cáucaso, pensasen respecto a él más favorablemente que los egipcios respecto a su dios Teuthos. «El sátiro —dice una vieja fábula— quiso luchar y abrazar el fuego la primera vez que lo vio; pero Prometeo le gritó: "Sátiro, llorarás la barba de tu mentón porque quema cuando se le toca."» Es el tema de la cubierta⁴³.
- f. p. 21: Cuanto menos se sabe, más se cree saber. ¿Dudaban los peripatéticos de algo? ¿No construyó Descartes el mundo con cubos y torbellinos? ¿Y existe hoy, incluso en Europa, físico tan modesto que no explique audazmente el profundo misterio de la electricidad, que constituirá quizá para siempre la desesperación de los verdaderos filósofos?
- g. p. 25: Estoy muy lejos de pensar que ese ascendiente de las mujeres sea un mal en sí mismo. Es un presente que les hace la naturaleza para la dicha del género humano; mejor dirigido, podría producir tanto bien como mal hace actualmente. No se sabe bien qué ventajas surgirían en la sociedad de una mejor educación de esta mitad del género humano que gobierna a la otra. Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres; si queréis que sean grandes y virtuosos, enseñad a las mujeres lo que es grandeza de alma y virtud. Las reflexiones que este tema exige, y que Platón hizo en otro tiempo, merecerían bien ser mejor desarrolladas por una pluma digna de escribir después de tal maestro y de defender tan gran causa.

⁴¹ Montaigne, *Essais* I, 31.

⁴² Idea recogida asimismo de Montaigne, *Essais* III, 13.

⁴³ Se refiere a la cubierta de la edición original, diseñada por Bacquoy, que representa el tema de la fábula.

b, p. 29: *Pen. Philosoph.* 44.

i, p. 29: Tal era la educación espartana según la relación del más grande de sus reyes. «Esa cosa digna de la mayor consideración —dice Montaigne— que en esa excelente civilización de Licurgo, voluntariamente monstruosa por su tan cuidada perfección, se ocupase de la nutrición de los niños como su tarea principal y en la misma morada de las musas se haga tan escasa mención de la doctrina; como si esta generosa juventud, desdendiendo todo otro yugo, se fortaleciese, en vez de nuestros maestros de ciencias, sólo con maestros de fortaleza, prudencia y justicia»⁴⁴.

Veamos cómo el mismo autor habla de los antiguos persas. Platón —dice— cuenta «que el hijo mayor entre su sucesión real era alimentado así. Después de su nacimiento era entregado, no a mujeres, sino a los eunucos de más autoridad delante del rey por su virtud. Estos se encargaban de tornarle el cuerpo bello y sano y después de los siete años lo llevaban a montar a caballo y a la caza. Cuando llegaba a los catorce, lo ponían en manos de cuatro: el más sabio, el más justo, el más templado y el más valiente de la nación. El primero le enseñaba la religión; el segundo, a ser siempre veraz; el tercero, a vencer sus deseos; el cuarto, a no temer nada»; todos —añadiría yo— a hacerlo bueno, ninguno a hacerlo sabio.

Astiages en Jenofonte toma a Ciro su última lección: «Sucede —dice— que en nuestra escuela un joven alto con un manto pequeño se lo dio a uno de sus compañeros de menor talla y le arrebató el suyo que era más grande. Habiéndome convertido nuestro preceptor en juez de esta disputa, juzgué que debían dejarse las cosas en ese estado y que uno y otro parecían estar mejor servidos en este punto. Se me hizo ver que había hecho mal porque me había limitado al bienestar y era necesario tomar en consideración antes la justicia que ordena que nadie sea violentado en aquello que le pertenece»; dice que quedó confundido, tanto como lo quedamos nosotros en nuestras ciudades por haber olvidado el primer

⁴⁴ *Pensées philosophiques*, obra de Diderot publicada anónima en La Haya (1746). La obra fue condenada y, junto con la *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient* (Londres 1749), le valió dos meses de prisión en Vincennes, cuando fue a visitarlo Rousseau, según he dicho en la «Introducción». El pensamiento aquí citado es el XXV.

⁴⁵ Montaigne, *Essais* I, 24.

oristo del verbo *typto*. Mi regente me tendrá que hacer una bella arenga, *in genere demonstrativo*, antes de convencerme de que su escuela vale lo que aquella.

j. p. 33: Considerando los terribles desórdenes que la imprenta ha causado ya en Europa, juzgando el futuro por el progreso que el mal hace de día a día, se puede prever fácilmente que los soberanos no tardarán en ocuparse tan cuidadosamente por arrojar este arte terrible de sus estados, como antes para introducirlo. El sultán Ahmed⁴⁶, cediendo a las inoportunidades de ciertas gentes pretendidamente de gusto, había consentido en establecer una imprenta en Constantinopla; pero, apenas el artefacto se puso a funcionar, se vio obligado a destruirlo y arrojar sus piezas a un pozo. Se dice que el califa Omar⁴⁷, consultado respecto a lo que debía hacerse con la biblioteca de Alejandría, respondió: «Si los libros de esta biblioteca contienen cosas opuestas al Corán, son malos y hay que quemarlos; si sólo contienen la doctrina del Corán, quemadlos también porque son superfluos.» Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo del absurdo. Sin embargo, suponed a Gregorio Magno⁴⁸ en lugar de Omar y el Evangelio en lugar del Corán, y la biblioteca también habría sido quemada, siendo entonces quizá el rasgo más bello de la vida de este ilustre pontífice.

⁴⁶ Ahmed III, sultán de Constantinopla en 1703-30.

⁴⁷ Omar I, califa en 634-44.

⁴⁸ Gregorio Magno, papa de 590 a 615.

TEXTOS COMPLEMENTARIOS

I. REFUTACIÓN POR CHARLES BORDES⁴⁹

Hace mucho tiempo que ha sido abandonada la quimera de la edad de oro; por todas partes la barbarie precedió al establecimiento de las sociedades; es ella una verdad probada por los anales de todos los pueblos. Por todas partes las necesidades y los crímenes forzaron a los hombres a reunirse, a imponerse leyes, a encerrarse en sus murallas. Los primeros dioses, los primeros reyes fueron bienhechores o tiranos; el reconocimiento y el temor elevaron los tronos y los altares. La superstición y el despotismo vinieron de nuevo a recubrir la faz de la tierra: nuevas desgracias, nuevos crímenes se sucedieron; las revoluciones se multiplicaron.

A través de este vasto espectáculo de pasiones y miserias de los hombres apenas si entrevemos algunas comarcas más sabias y más felices. Cuando la mayor parte del mundo era desconocida, Europa salvaje y Asia esclava, Grecia pensaba y llegó por el espíritu a todo aquello que puede hacer a un pueblo recomendable. Los filósofos formaron sus costumbres y les dieron leyes.

Si se niega fe a las tradiciones que nos dicen que

⁴⁹ El título original del escrito de Ch. Bordes era *Discurso sobre las ventajas de las ciencias y las artes*; cf. «Estudio preliminar», IV.